



# La Lectura Popular

AÑO XXII.

Orihuela 15 de Octubre de 1903.

Núm. 484

## PROTESTA

En el último número de *El Fusil* periódico de Madrid ha aparecido un suelto injurioso contra la sagrada persona del Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis.

El Director de LA LECTURA POPULAR faltaría al más elemental de todos sus deberes sino protestara de tan grosero ataque y no diera á su Prelado, con este motivo, público testimonio del respeto que le merece su autoridad y la dignidad de su persona.

## EL ARBOL DE LA CIVILIZACIÓN

Hace diecinueve siglos, en la cumbre de un monte de Judea plantaron un árbol triste y seco, sin ramas y sin hojas.

Los que lo plantaron eran verdugos, y cometieron el horrible crimen de regarlo con la sangre de un inocente, y desde entonces, ¡oh prodigio! aquel árbol empezó á producir tales frutos que él por sí solo ha bastado para alimentar al mundo.

Ya comprenderás, lector, que el árbol de que hablo es la cruz regada con la sangre de Jesucristo, y los frutos á que me refiero son los de la redención y civilización del género humano.

Esta verdad tan grande, palpada, digámoslo así, por las generaciones de dieciocho siglos, la niega la del siglo XIX.

Y ¿sabeis por qué? Porque esta generación, que parece la más sabia é ilustrada, tan sólo es la más orgullosa.

A la manera de uno de esos enclenques engendros, último vástago tal vez de una laboriosa familia, embriagado con unas riquezas que él no creó, se atribuye á sí mismo el fruto de los sacrificios de sus antepasados, del mismo modo este siglo, enclenque también, considerándose autor de una civilización que sólo se ha tomado el trabajo de gozar, se entretiene en cantar sus propias alabanzas, mientras la destruye con sus torpezas y sus vicios.

Aquí se realizará no muy tarde aquel antiguo proverbio:

¡Ay de los padres obreros  
cuyos hijos caballeros  
elvidaron el trabajo!  
Tendrán nietos pordioseros.

Oid, si no, esta parábola que pudiera llamarse historia.

Había en cierto lugar un hombre laborioso que, á fuerza de sudores y sacrificios, plantó una viña. Pasado algún tiempo, y cuando los primeros racimos empezaban á madurar con el otoño, el pobre viejo, sintiéndose morir, llamó á sus hijos y les dijo:

—Hijos míos: nosotros éramos pobres y no teníamos que comer; pero con grandes sudores he logrado plantar una viña que bastará para alimentar á vos otros y á vuestras familias si, siguiendo el ejemplo de mis virtudes, coméis de su fruto sólo para preparar vuestras fuerzas y continuar su cultivo.

Murió el padre, y los hijos, lejos de creer en su palabra y seguir sus consejos, no parecían por la heredad ni siquiera para verificar la poda. Mas llegó el otoño, acudieron presurosos, ¡y cuál no sería su alegría y regocijo al ver que la viña, lejos de secarse, había cuadruplicado sus racimos! (1).

— ¡Pobre viejo! — exclamaron envanecidos. — No supo lo que se dijo. La experiencia ha confirmado el dictamen de nuestra razón. No es cierto que los frutos de la vid sean hijos de los crueles esfaes de nuestro padre, ni menos de las crueles podas que en la viña hacía. Dejemos obrar libremente á la Naturaleza, autora de tantos beneficios, y entretanto seamos libres también, embriagándonos felices con el licor exprimido de los hermosos racimos. Y así lo hicieron un año y otro año.

Mas llegó un día en que la cizafia, el verano y el abandono acabaron con la vi-

(1) Sabido es que una viña no podada produce en los primeros años abundantísimos frutos, pero que después, agotadas sus fuerzas por exceso de producción, se torna estéril.

ña. Entonces, cuando aquellos hijos debilitados por la molice acudieron ansiosos con los suyos á recoger el esperado fruto, vieron sin él y rieron entre sí, acusándose unos á otros de haberlo hurtado.

—Nadie ha hurtado vuestros frutos, — dijo una voz que conocieron ser del padre; — nadie los ha hurtado sino vuestra soberbia, vuestra ignorancia y vuestros vicios.

Aquel mismo día murieron los hijos del anciano, y sus nietos, con los ojos prefados de lágrimas y el corazón de tristeza, elevaron su mirada al cielo y pusieron, como su virtuoso abuelo, las manos en el viejo azadón.

Pocos años después, la viña volvía á dar fruto.

Hasta aquí, lector, lo que á nosotros, hijos de los que cultivaron con afán el árbol de la civilización plantado por Jesucristo, nos sucede hoy que vemos lucir el fruto que tan poco nos costó. Despreciamos el árbol y á sus cultivadores; exprimimos sus racimos para embriagarnos, y exclamamos hinchados de vanidad:

— ¡Pobres viejos! los que creyeron que el secreto de la civilización consiste en la abnegación de las virtudes y en la sangre de los martirios! ¿No veis esas locomotoras que cruzan el mundo y esos hilos eléctricos que irradian el pensamiento humano por toda la tierra dominada por el hombre? Pues bien, esos signos de nuestra emancipación no son sino el efecto de nuestra libertad. Nosotros, hijos de esta libertad, hemos cogido más fruto en un solo día que aquellos pobres esclavos en muchos años. ¿Quién puede dudar de que la libertad es la causa de la civilización? Atrás negros fantasmas de la ignorancia y el fanatismo! Basta de abnegación y de sufrimiento!

¡¡Excelsior!!

«Dejemos brotar libres las yemas del grande árbol y embriaguémonos con el néctar de sus racimos que cada día serán mayores.»



Así hablamos nosotros, generación ilustrada del siglo de las luces... que encendieron nuestros abuelos; así hablamos nosotros, vuelta la espalda á la fuente de la salud. Pero ¡ay! ¡qué poco falta para que esa fuente, harto enturbiada ya por nuestras miserias, se seque al fuego de nuestras discordias! ¡Qué poco falta para que la cizafia mate la vida!

El socialismo, el comunismo, el pauperismo la han atacado ya por sus raíces, y sus tallos más altos están cayendo marchitos por la indiferencia y la impiedad.

Solamente los ciegos dejan ya de ver esta obra de destrucción. Digo mal, solamente los ciegos y los sabios; porque hay una clase de sabios que, criados como las plantas tropicales en una atmósfera artificial, dudan que haya otro mundo que el de su propio invernadero. Son seres ruines, eminentemente egoistas, á quienes el calorillo de su bienestar hace mirar con desprecio el sol de la justicia que vivifica al mundo.

Quiera Dios que nuestros hijos abran más los ojos, y se persuadan de que el árbol de la civilización sólo fructifica cuando se le riega con lágrimas y sudores, y se le cultiva con abnegación y trabajos. Y quiera Dios que se persuadan también de que los frutos de ese árbol, frutos de ciencia, de progreso y de mejoramiento económico, político y social, no se han dado para que nos embriaguemos con ellos en eterna orgía, sino para que, reparadas nuestras fuerzas con su dulce jugo, continuemos cooperando sin descanso al desarrollo del gran plan divino, al desarrollo de ese plan trazado por el amor de Dios, y en el cual fueron señalados al hombre destinos de infinita grandeza.

ADOLFO CLAVARANA

## SECCION RECREATIVA

### EL ROSARIO DEL CENTINELA

Un valiente soldado de la guerra franco prusiana de 1870, llamado Jaime Oryal, hace la siguiente relación.

Hallábame yo en Roma con mi regimiento cuando se declaró la guerra. De regreso á Francia, servimos de núcleo al cuerpo de ejército que formaba el general Vinoy. El día de la batalla de Sedan estábamos en Mezieres, hasta donde llegaba el estruendo del cañón. Después de la admirable retirada del general Vinoy, nuestra brigada formó el cuerpo de defensa de Paris.

Después de muchos combates, mi batallón fué enviado á Vitry, donde construimos

un reduto y algunas obras de defensa; pero la vigilancia del enemigo molestaba á nuestros trabajadores.

El enemigo escogía á los mejores tiradores prusianos y bávaros, que se deslizaban uno á uno por los terrenos accidentados y se escondían tras las márgenes ó dentro un hoyo escavado en el suelo. Así observaban nuestros trabajos y movimientos, disparaban á golpe seguro y luego desaparecían.

Nuestro comandante quiso oponer á esta táctica tenebrosa lo que él llamaba una contra-mina, llamando á los de buena voluntad tiradores hábiles y que no tuviesen apego á la vida. Yo me alisté entre estos *mozos perdidos*. Debíamos deslizarnos arrastrando hasta cierta distancia, observar al enemigo sin ser vistos y no hacer fuego sino con la seguridad de no gastar pólvora en salvarnos. El último encargo fué el de adelantarnos tanto como nos fuese posible hasta fastidiarlos. «Sed todo ojos y orejas, y no olvidéis que estáis rodeados de mocetones que no os compadecerán.»

Un poco antes de amanecer me colé por un torrente seco, y avancé siguiendo sus vueltas, muchas veces á gatas, el fusil á la bandolera y con un pedazo de galleta en el bolsillo. Del cinturón colgaba un revólver y el antejo de mi teniente: una botella de café completaba mis provisiones de guerra. Nos estaba prohibido fumar, estar en pie ni hacer el menor ruido.

Llegado al pie de un corpulento árbol, cuyo tronco estaba rodeado de matas me detuve. Mirando á raíz de tierra, observé y ví que enfrente tenía el pueblo de Chosy-le-Roi, á mano izquierda el Sena, y el fuerte de Ivry á la espalda.

Escogí este punto para observatorio. Escavé un hoyo con mi bayoneta, y amontonando la tierra formé una pequeña trinchera que cubrí de ramas y yerba seca.

Al cabo de un cuarto de hora de estarme allí de planta quise hacer un reconocimiento. A cincuenta pasos en frente ví un camino que atravesaba un campo muy removido. Este camino estaba cerrado por una verja en parte destruida, pero en algunos puntos había árboles derribados que formaban una gran barricada. Por desgracia el camino no era paralelo al torrente y me parecía que yo estaba muy al descubierto del enemigo, y que podía servirle de blanco. No obstante me puse en observación, pasó una hora y otra hora, y ya empezaba á desconfiar de mi misión, cuando me pareció ver en un lugar de aquel camino hondo detrás de un árbol una mano que salía y se retiraba.

Ya no había duda: tenía al enemigo muy cerca. Echo mano al antejo y veo, no sin asombro, la cabeza y las manos de un hombre tan cerca, que por instinto hice lo que solemos llamar hurtar el cuerpo.

De seguro que el hombre no me vela, pues estaba distraído escarvando la tierra con un palo. Sentado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre el brazo izquierdo, las

piernas extendidas, parecía olvidar su cargo de vigía. Todavía joven imberbe, de cabellos rubios y cortos, era todo un bávaro, con semblante de mucha bondad. Bajo el uniforme se veía al joven labrador que sin duda soñaba en el hogar patrio. Sentí de veras la obligación que pesaba sobre mí de matarlo como á una liebre en su cama.

Preparéme sin embargo, á hacerlo. Tomé el fusil, doblé mi rodilla derecha en tierra y apunté, esperando que el joven estuviese un momento á cuerpo descubierto. Quería tocarlo en medio del pecho para evitarle sufrimientos. De repente el bávaro levanta la cabeza, extiende su mirada al rededor, sin fijarla al punto que yo ocupaba. No habiendo descubierto cosa alguna, puso entre sus piernas una bolsa de cuero, la abrió y sacó un objeto que no pude distinguir. Dejé el fusil entonces y tomé el antejo.

El pobre joven tenía en las manos un rosario: alzóse para ponerse de rodillas, hizo la señal de la cruz, y con tales movimientos se me presentó del todo descubierto.

El instinto de la guerra me hizo tomar de nuevo el fusil y mirarlo de hito en hito. Yo le veía á la punta del cañón de mi fusil, inmóvil, con la cabeza algún tanto inclinada y los ojos fijos en el cielo. De sus labios salía la oración, y sus dedos hacían correr las cuentas del rosario.

Lo que pasó en mí en aquel momento no me lo sé explicar. Toda la sangre de cristiano hervía en mis venas: parecióme ver bajar del cielo rayos luminosos que caían sobre la frente de aquel hombre, aun creía verlo levantarse por los aires. Una especie de visión santa se apoderó de mí y me cayó el fusil de las manos.

¿Quién es el que en el camino de su vida no ha encontrado alguna vez otra mano que no es la suya, una mano imprevista, hábil, que no puede explicarse, á no dársele el nombre de providencia? Aquel soldado, si logró volver á su casa, volvió ella gracias á su devoción al santo Rosario.

### Otro hecho interesante

Mons. Dubois, obispo de Galveston, refiere lo ocurrido en su Misión de Tejas, cuyos salvajes son devotísimos del santo Rosario. (Después de administrarles el Bautismo, dice, les damos un rosario, que algunas veces obra milagros.

Una niña de diez años fué apresada por los *Pieles-Rojas*. Cuando su padre, que no tenía otra hija, se apercibió de su desaparición, quiso salir en su busca: la esposa de éste, que era cristiana, le suplicó se llevase su rosario, diciéndole que abrigaba la confianza de que al fin la hallaría. El marido aceptó, por más que no era cristiano, y se puso en marcha siguiendo el rastro á los *Pieles-Rojas*; mas llegó la noche y se vió obligado á detenerse, no distinguiendo en las hierbas la ruta de los salvajes. Lleno de



tristeza y penetrado de amargura el corazón, pensando que mientras él estaba allí su hija se alejaría más y más, toma en sus manos el rosario y comienza la oración que con frecuencia había oído de su esposa; mas después de estas palabras: *Dios te salve, María, llena eres de gracia*, no supo pasar adelante.

Durante este tiempo la pequeña María había sido encomendada por los Píeles Rojas á una mujer cristiana, llevada también por los salvajes, pero oculta de manera que no pudiera ser conocida. La niña, que se creía no estar muy lejos de donde se hallaba su padre, rezaba también el Rosario y se lo hacía rezar á su guardiana, la cual en el momento sólo se acordaba de algunas palabras; pero concluyó por recordarlas todas, y pudo acompañarla en la oración. De pronto la niña percibe una débil luz, y toda alarmada dice: Estos son los *Píeles Rojas* que vienen por mí; no hay que esperar. Mas ¡cual fué su sorpresa cuando reconoció á su hermano Miguel que le dijo: «María, ven pronto; nuestro padre te espera y no está más que y tres millas de distancia!» La niña parte veloz con su guardiana, y llegando al sitio donde estaba aquel, le dice su hermano: «María, hé ahí á tu padre,» y desapareció. Este pensó que se había adelantado para dar la buena nueva á su madre. Llegados á su casa lo hallaron con ésta, y el padre dijo á Miguel: «Porque no nos has oído? Mas el muchacho aseguró que no se había movido del lado de su madre, lo cual confirmó esta.

«Toda la familia reconoció sin dificultad la protección de la Virgen, y el padre no tardó en ser catequizado para convertirse en un ferviente católico.

«A contar de esta época, cada vez que un misionero entra en dicha casa, está seguro de oír rezar el Rosario con gran fervor.»

## Desde mi barraca

Yo soy un panocho viejo de montera y zaragüelles, y habito en el Llano é Brujas inde el año treinta y siete. Vivo en la misma barraca que habitó mi páere siempre y aquí abrieron la boquiquia y echaron tuicos los dientes los zagales y zagalas que me dió mi Marinieves.

A tres varas de mi puerta pasa er brazal de los Peres y hace espejiquios el agua sobre er chinarro que tiene y que echo yo en la solera pa que un ramblizo semeje y no haya ranas, lombrices, ni tejeores, ni sierpes.

Hay á la erecha una higuera que tiene un ternor y un ese, que nos quita el rechichero

cuando se errite la gente. Si la cieca vié renchía la gloria con ella viene, y aunque viejo y arrugao me arrisco, me pongo alegre, y me voy á los bancales con mi legón reluciente; y al ver cómo entra á portillo el agua, que vá á esparcerse, erribando caballones y así como relamiéndose, paece que er pecho se ensancha del arbullo que se siente.

Aquí en este rinconciquio no hay calenturas ni pestes, relicas, ni males malos, y er que se muere, se muere porque se le seca er jubo, como al árbol le sucée.

En mí no hay naide que mande. ni naide que me repriete, ni he querío ser perráneo ni lo seré aunque me esuellen, pos vivo mejor que un fraile y naide mi ráuta tuerce: mi familia, mi averío, mi concencia, mis deberes y vivir como er Pae Quieto hasta que espiche y me entierren. Y por eso cuando ascucho tragedias en los papeles; cuando esfiso que en tó er mundo anda reguerta la gente, como si en vez de presonas juéramos lobos silvestres; cuando oyo que hay malas máeres que á sus zagalas previerten y páeres que se emborrachan y hermanos que no se quieren; cuando oyo tuiquio esto, pienso que si er deluvio no viene vá á dar un esclavejto er mundo por mitá el eje, que no vá á quear ni una chicharra pa que lo cuente

Y es que tuiquio anda torcio sin que naide lo enderece, porque es cosa der demonio que tó lo endeña y regüerve y vá como las avisvas á ver ande er guisque mete.

Cuarquier zagaliquio abora se vá á Murcia por los jueves y en vez de entrar ar Bazar Murciano á mercar jubetes, merca estampiquias con tímples ú con *ervas sin serpiente*, y luego le salen caras las galopescas que apriende.

Las zagalas se embelesan cargándose pelendengues y en vez de aquellas parrandas

que yo bailé en hilo témpore, se agarran pa bailar puercas ú er tanguiquio der lerele.

Ya lo dicho y lo remacho, pa ser güeno y pa ser juerte no hay mas que dalle á la vía un sejo y er sejo es este: la vertu, er temor de Dios y er trabajo premaniente. Lo emás es vivir lo mesmo que vive un sarta-perete de esos que espacha Ricardo en feguras de bufetes, que hay que tocallos po azaga pa ver de que se meneen y, cuando dán mas bustiquio, entoces se rompe er muelle.

José Frulos Baeza.

## CODICIA DE LOS PAPAS

UN RASGO DE PÍO X

Como vicario de Cristo sabe que su misión es desplegar caridad, y por esto recientemente ha tenido un rasgo que le caracteriza. Murió hace algunos años un rico en una aldea de las inmediaciones de Nápoles—disponiendo que su herencia fuese entregada toda al Papa.

Los parientes más inmediatos que se creyeron lesionados en sus derechos movieron causa al Vaticano, y en primera sentencia los tribunales italianos fallaron á favor del Vaticano.

No satisfechos los presuntos herederos y completamente desilusionados al ver que el Estado italiano favorecía la causa de la Santa Sede, apelaron al Supremo.

Así las cosas, murió León XIII, y al venir Pío X en conocimiento del litigio llamó al abogado de la Santa Sede, para que le informara detenidamente del curso de la causa. Este significó al Papa que para proseguir la causa era necesario que le confirmara los poderes que le había conferido León XIII. A esto repuso el Papa: «No quiero empezar mi pontificado con un litigio, siempre odiado al carácter de Padre común de los fieles, con que me gloria. Mayormente cuando me consta que entre los presuntos herederos hay varios honrados obreros que viven en la miseria.» Pero Santísimo Padre, replicó el abogado, es que la Santa Sede ha obtenido ya un triunfo con la primera sentencia favorable, y sólo falta ahora ratificarlo con sentencia del Supremo, que no dudo será también favorable.

—Pero, señor abogado—replicó el Papa—aquí no se trata de que la Santa Sede se vea favorecida ó no por una sentencia; yo como Papa, debo mirar ante todo por el prestigio de la Iglesia y bien de los pobres, y entiendo que, sin que usted quede poco ni mucho perjudicado, desista de pleitear, dejándome tranquilo.

Efectivamente, Pío X ha dispuesto que



el Cardenal Prisco, Arzobispo de Nápoles, como apoderado suyo, llame á los presuntos herederos del párroco testador y les reparta las 500.000 lirás que supone la herencia disputada, dejándoles en completa libertad pero exortándoles á que hagan un donativo al Papa, como recuerdo de la voluntad del difunto.

### PENSAMIENTO

La Cruz de Cristo ha de ser para los cristianos una balanza, en la cual debemos pesar el valor y grandeza de las cosas espirituales; para que no la pesemos en la balanza engañosa de Canaán, que es el juicio y estima ciega de los hombres mundanos, en el cual juicio y estima, pesa más un deleite sensual, ó un poco de interés temporal, ó un punto de honra vana, que Dios con todas sus riquezas y promesas. Mas la Cruz es el peso del santuario, con el cual se han de pesar todas las cosas que pertenecen al culto de Dios: donde cada cosa tiene su justo precio y valor. En esta balanza ha de pesar el cristiano el valor de su alma, la excelencia de la gracia, la hermosura de la virtud, la fealdad del pecado, la horribilidad de los tormentos del infierno y la felicidad de la gloria.

Venerable P. Granada.

### NUEVO PERIÓDICO

Hemos recibido el primer número de *La Señal de la Victoria* Semanario Crístico de Religión, Ciencias y Política, órgano de la Milicia de la Cruz y dirigido por padres de la misma que ve la luz en Valencia.

Devolvémosle cariñosamente el saludo, aceptando gustosos el cambio y deseándole al propio tiempo largos años de vida para que pueda luchar en pro de los intereses de la Cruz que es, según dice, su único y Verdadero programa.

## Zaragoza y el Pilar

Hay un pueblo en la ribera que el Ebro onduloso baña, de tan gloriosa carrera que un girón de su bandera basta para homiar á España.

Siempre en luchas desiguales probó su alto patriotismo, que entre sus hijos leales corren parejas iguales la virtud y el heroísmo.

Allí, cerca de la orilla, emblema de maravilla, se alza un templo singular; en el templo una capilla, y en la capilla un Pilar.

Cuando rebotando enojos, ante el Pilar sacrosanto se postra el pueblo de hinojos, seca la oración el llanto y el amor brilla en los ojos.

Las locas maquinaciones; la invasión del egoísmo, el flujo de las pasiones y las frías reflexiones del torpe indiferentismo:

Todo, todo ante el Pilar que se alza en el sacro altar, se deshace en polvo luego, como la nieve al pasar por una esfera de fuego.

La lugareña sencilla entra, se arroba un momento, llega á la santa capilla, silenciosa se arrodilla y ora con recogimiento.

Luego acaba la oración, se ensancha su corazón y su espíritu se enciende..... ¡Quién el misterio comprende de esa infinita emoción!

Orgullo siento al mirar ese inmortal simbolismo, que hace vivos palpitar tu fervor en el Pilar, y en la historia tu heroísmo.

Pascual Gil Arpa.

## LA IGUALDAD

Según cuenta el «Messenger de Valence», en una pequeña aldea del departamento de Drome, ocurrió la siguiente curiosa aventura.

El que movía el fuelle del órgano de la iglesia, pobre diablo de sencillez extremada á quien habían convencido de que los hombres eran iguales en todo y para todo, interrogó cierto día al Sr. Cura de esta manera:

—«Señor cura?»—le dijo revolviendo entre sus manos la gorra, con aire cohibido.

—¿Qué hay Pedro?

—Hay... hay... Sr. Cura que la cosa me parece muy contraria á las leyes de la igualdad.

—Explicáte, Pedro.

—Sí—dijo éste envalentonándose—hinchar y deshinchar el fuelle del órgano, es sumamente pesado y Sr. Cura, muy poco retribuido... 100 francos al año! entre tanto, el Sr. Talbert—este era el nombre del organista—gana 1.200 francos. Yo me canso; zis á la derecha, zas á la izquierda y siempre de pie mientras que el Sr. Talbert está cómodamente sentado y se comenta con mover los dedos como sobre una mesa, ¿Esto es lo que se llama igualdad, Sr. Cura?

—¿De modo que tú querías?

—Sí, señor Cura, que mi asignación se aumentase.

—Quien sabe, quizás tengas razón, Pedro. Reflexionaré sobre tu petición.

Pocos días después se reanudaba la conversación.

—Pedro—le dijo el Sr. Cura—he hablado de tu pretensión al Sr. Talbert. El es joven, tu te vuelves viejo y encuentra también que esta situación no está conforme con las reglas de la igualdad. He aquí lo que propone: él ocupará tu sitio en el fuelle y tú el suyo en el órgano; así no tendrás más que mover los dedos y estarás cómodamente sentado.

—Pero—dijo Pedro un poco turbado—yo no sé mover los dedos.

—¡Ah!—replicó el cura, fingiendo una estupefacción profunda—entonces esto es diferente... Pero quién se hubiera jamás imaginado que tú no sabías mover los dedos como el Sr. Talbert? Esto es contrario á las reglas de la igualdad.

Y he aquí cómo Pedro no obtuvo el aumento de su salario.

### BIBLIOGRAFIA

## LECTURAS POPULARES

Cuentos artículos y diálogos de D. Adolfo Clavarana director de LA LECTURA POPULAR.

Nueva edición de los cinco primeros tomos.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no vengan precisamente acompañados de su importe y del valor del certificado si se desea esta garantía.

### LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto llevar gratuitamente entre el pueblo la sana lectura moral y social, presentándola bajo formas amenas y fáciles para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. y manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 » »
Un cuarto id. . . . .	1 » »
Un octavo id. . . . .	0'50 » »

Por medio de corresposal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, P. 16 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.